

los Wyke, antes tan poco claro en sus despachos, parecía cada vez más inclinado al partido liberal: «Doblado, escribía, es un hombre de verdadero talento... Su respuesta es, en resumidas cuentas, satisfactoria, salvo lo del reembarco, que es inadmisibile.» Y añadía al día siguiente, en un despacho á lord Russell: «Doblado ha centralizado las fuerzas del gobierno..., pronto podremos tener en este país un gobierno sólido é inteligente, deseoso de tratar con nosotros y de dar oídos á nuestras reclamaciones (1).» Prim, por su parte, opinaba también que la situación había mejorado mucho. Así las cosas, decidió aplazar aún todo lo que hubiera podido parecer hostilidad, y se expidió un nuevo mensaje á México diciendo que los aliados se dirigirían muy pronto á Orizaba y Jalapa y que esperaban encontrar allí un recibimiento amistoso.

Sin embargo, la situación, á medida que se prolongaba, era cada vez más extraña. Los franceses y los españoles habían llevado sus cuerpos de tropas más allá de Veracruz y ocupaban La Tejería, San Juan y Medellín; delante de ellos extendíanse los campamentos juaristas, y unos y otros se observaban, aunque sin llegar á las manos. Si nuestros procedimientos eran contradictorios, no lo eran menos los de los mexicanos. Estos habían confiado la vigilancia de nuestras líneas al general Uruga, que en todas ocasiones procuraba hacer resaltar su buen proceder para con nosotros; y entre las avanzadas de ambos campos reinaban las más corteses relaciones, sucediendo á veces que se hacían recíprocos presentes como para afirmar la buena vecindad (2); pero, á pesar de estas muestras de simpatía, había sido temporánea la confianza. Pocos días antes, el 25 de enero de 1862, Juárez había dictado una ley, que no tardó en ser designada con el nombre de *ley mortuoria* y que castigaba con pena capital á todos los mexicanos que mediante ayuda, entrega de armas, aceptación de empleo ú otra complicidad cualquiera, prestaran su concurso á los invasores. En el entretanto, Saragoza, que había reemplazado á Uruga, quejóse de que los europeos extendieran sus campamentos y en un despacho de tonos en extremo agresivos les notificó que toda tentativa para avanzar sus vivaques sería rechazada por medio de la fuerza... En vista de la irritación que esto produjo en los aliados, Doblado desautorizó á Saragoza y se consagró con gran solicitud á calmar las cóleras. Pero ¿á quién había que creer? ¿A Juárez que, en nombre del gobierno mexicano, castigaba con pena de muerte á todo el que nos ayudara, ó á su ministro Doblado que, en nombre de aquel mismo gobierno, nos daba las mayores seguridades y nos prodigaba sus caricias?

En medio de todos estos síntomas contradictorios, el estado sanitario continuaba siendo la gran preocupación: la permanencia en las *tierras calientes* comenzaba á producir su efecto acostumbrado; el general Prim había tenido que mandar ochocientos enfermos á la Habana y los franceses tenían cerca de cuatrocientos inútiles por enfermedad. ¿Qué sería cuando hiciera estragos el terrible vómito? Era, pues, preciso subir á toda costa á las mesetas. Después de varios mensajes, los delegados de los aliados y los del gobierno mexicano convinieron

(1) *Correspondence relating to affairs of Mexico*, págs. 29-31.

(2) Véase Niox, *Expedition du Mexique*, pág. 73, nota.

en celebrar el 19 de febrero una conferencia, designándose como punto de reunión primero el Rancho de la Purga y luego la Soledad. Prim, que era el más importante de los jefes europeos, fué designado para representar á sus colegas; el representante de Juárez sería Doblado.

Prim era fácil de conquistar, pues poco deseoso de trabajar en favor de Francia, inclinábase hacia Inglaterra. La empresa, vista desde lejos, había podido ofrecer aspectos grandiosos, pero de cerca el sueño revestía menores proporciones y parecía desvanecerse, y de todos modos, si alguna vez se realizaba, no sería en provecho de España. Doblado, presintiendo esta disposición de ánimo en el caudillo español, desplegó todas sus habilidades y sobre todo lo más importante, que era la moderación: lejos de ensalzar desmesuradamente su patria, juzgóla con singular imparcialidad, como hubiera podido juzgar á un pueblo extranjero; dijo que el gran mal de México era la existencia de una clase turbulenta que sólo vivía de la guerra y llevaba su audacia al extremo, mientras que el resto de la nación llevaba al extremo su timidez; y descendiendo de estas generalidades, habló de intervención, pero sin cólera y con insinuante abandono. «Tenemos vivos deseos, añadió, de una solución pacífica; pero es preciso que ustedes nos ayuden. Unas condiciones demasiado duras, aun cuando nosotros las aceptáramos, exasperarían al país y determinarían la reproducción de la anarquía que les quitaría á ustedes las últimas probabilidades de obtener la satisfacción de sus agravios.» Doblado, cual si quisiera provocar una declaración en sentido contrario, insistió en los rumores que en público circulaban y según los cuales los franceses acariciaban proyectos monárquicos y los españoles aspiraban á restablecer su antigua dominación. Al oír estas palabras, Prim le interrumpió y negó todo propósito de atentar contra la independencia mexicana, calificando de ridículas las supuestas ambiciones de España. Estas explicaciones preliminares permitían presagiar que se llegaría á una avenencia. Doblado, al consentir que se establecieran los campamentos en las mesetas, manifestó el temor que le causaba el hecho de introducir á los aliados en el corazón del país: «Que no quede por esto, replicó Prim; en caso de que fracasasen las negociaciones, retrocederemos hasta el pie de las alturas, sin perjuicio de recobrar al día siguiente por la fuerza las posiciones que habremos abandonado.» Animado por el tono amistoso de la conversación, el ministro de Juárez intentó sondar el ánimo de su interlocutor para ver hasta dónde podría aventurarse en sus peticiones y solicitó el reconocimiento del gobierno republicano; Prim se negó á ello, pero suavizando su negativa: «No tienen ustedes, le dijo, necesidad de que les reconozcamos, desde el momento en que declaran ustedes que son bastante fuertes para mantener un orden sólido y duradero.» Promoviósse un debate acerca de la entrega de la aduana á las autoridades indígenas, pero esta cuestión quedó sin resolver. Finalmente Doblado pidió que la bandera mexicana ondease en Veracruz al lado de las aliadas, y Prim, que un mes antes, contestando á un jefe de guerrillas, había declarado insostenible tal petición, entonces la estimó justa y con esta última concesión terminó la conferencia.

Era muy entrada la noche cuando Prim regresó á

Veracruz, en donde le esperaban sus colegas, impacientes por conocer el resultado de aquella entrevista. El general mostrósse encantado de todo cuanto había visto: «Doblado, dijo, es un hombre de inteligencia superior y de excelentes maneras, y conoce admirablemente los asuntos de su país;» y añadió, acentuando su optimismo: «Parece muy franco y muy sincero.» Los dos negociadores habían preparado un proyecto de convenio que los ingleses aceptaron desde luego y los franceses, después de algunas críticas, admitieron no por gusto, sino por la imposibilidad de encontrar otra solución. Por virtud del *Convenio de la Soledad*, como se le llamó luego, los representantes de las potencias aliadas se obligaban á no atentar «contra la independencia, la soberanía y la integridad del territorio de la República,» á cambio de lo cual las tropas europeas podrían instalarse en las tres ciudades de Córdoba, Tehuacán y Orizaba y en los radios naturales de las mismas, y permanecer en ellas mientras durasen las negociaciones relativas á las reparaciones é indemnizaciones. Estas conferencias se inaugurarían, según se determinó más adelante, el día 15 de abril y si por casualidad las negociaciones fracasaban, los aliados se comprometían á evacuar los vivaques que les habían sido concedidos y á retroceder hasta la entrada de las tierras calientes (1).

Doblado, al regresar adonde estaba Juárez, pudo vanagloriarse con razón de haber logrado un éxito memorable: en efecto, seis meses antes el Sr. Dubois de Saligny y el mismo sir Carlos Wyke no encontraban frases bastantes con que injuriar al débil é insolvente gobierno mexicano, y en 19 de febrero de 1862 uno y otro proclamaban que aquel mismo gobierno «contaba con los elementos de fuerza y de opinión necesarios para sostenerse contra toda revolución intestina (2).» En el programa de los aliados, ó cuando menos en el de Francia, la empresa tenía por objeto una reorganización de México, sin contar con Juárez ni con sus amigos, y tal vez hasta en provecho de la monarquía; ahora, en cambio, el convenio de la Soledad declaraba intangible la república. Los franceses habían ido á México como regeneradores y los ingleses como acreedores irritados, y ya no sólo no se hablaba de regeneración, sino que los mismos acreedores, singularmente apaciguados, aceptaban la hospitalidad del deudor mientras se discutía la deuda, hospitalidad que además sería precaria, pues en el caso de no llegar á una avenencia, el acreedor se vería obligado á emprender una retirada muy parecida á una expulsión. Tal era el tratado de la Soledad, documento muy poco conforme con la razón, pero al propio tiempo muy necesario. Hay faltas iniciales de las que á menudo se deriva toda una larga serie de faltas secundarias; y aquí la falta inicial estaba en el convenio de Londres, de redacción tan equívoca; en las instrucciones, aún más equívocas, que fueron su comentario, y en la irrisoria poquedad de los efectivos organizados para una demostración pacífica, no para una guerra. Una vez desembarcados en las costas de México, ¿qué podían hacer los jefes aliados? ¿Abrirse paso á la fuerza por los caminos del interior? La diversidad de sus miras,

(1) Véase el acta de la segunda conferencia de los plenipotenciarios aliados (*Documentos distribuidos á las Cortes relativos á los asuntos de México*, 1861-1862).

(2) Artículo primero del tratado de la Soledad.

aparte de su debilidad numérica, no habría permitido una acción común. ¿Reembarcarse? No era posible. ¿Consumirse en las tierras bajas esperando que llegase la fiebre amarilla? Esta era la peor de todas las hipótesis. En tales circunstancias prefirieron transformar sus instrucciones á sacrificar inútilmente la vida de sus hombres, resolución que si no la mejor, era siquiera la menos mala; y el gobierno francés, que posteriormente desautorizó á sus plenipotenciarios, era el que menos derecho tenía á condenarlos.

El 23 de febrero Juárez ratificó el tratado, y el 26 y el 28 levantaron sus campamentos los franceses y los españoles respectivamente. Las dificultades del camino, aun sin tener que luchar con un enemigo, demostraron cuán peligroso habría sido un movimiento ofensivo realizado en país hostil; los enfermos aumentaban de día en día, y á pesar de lo poco avanzado de la estación, habíanse observado ya algunos casos de fiebre amarilla. Después de varias etapas, penosas no por lo largo del camino, sino por la insuficiencia del material y por la enervante influencia del clima, llegaron los expedicionarios al pie de las montañas; y apenas comenzaron á escalar las vertientes, sintieron muy pronto los efectos del aire más puro, terminando con paso alegre la expedición que con tantas fatigas comenzaron. Los franceses se instalaron en Tehuacán y los españoles en Orizaba y en Córdoba; una parte de esta última ciudad fué reservada á los ingleses, pero éstos no se establecieron en ella, prefiriendo permanecer en sus buques.

Cuando los últimos destacamentos franceses y españoles se alejaban de Veracruz, izóse el pabellón mexicano en la ciudad y en el castillo de San Juan de Ulloa, según disponía el artículo sexto del tratado de la Soledad; y esta alianza de emblemas rivales acababa de acentuar la confusión, llegada ya á un extremo tal que ni los más perspicaces sabían ya á qué atenerse. Un informe de sir Carlos Wyke dice que en el momento en que se izó la bandera, una fragata americana, recién arribada á la rada, la saludó con salvas. ¿Fué casualidad, demostración irónica ó un modo particular de proclamar la doctrina de Monroe? La república de los Estados Unidos, que hacía su primera aparición, aclamaba el primer triunfo de Juárez. No volveremos á verla en los tiempos siguientes porque una terrible lucha intestina absorberá toda su actividad; pero una vez terminada la guerra civil, aparecerá de nuevo dispuesta á echar en la balanza el peso de sus fuerzas, obrando así precisamente en el instante en que la confusión del principio se habrá convertido en la espantosa tragedia del desenlace.

## V

Mientras los comisionados europeos, manteniendo entre sí una armonía precaria, se ponían de acuerdo para firmar con Juárez el *convenio de la Soledad*, aflojábanse los vínculos de la alianza entre Francia, Inglaterra y España.

En los primeros días de 1862, el gobierno francés acordó aumentar el efectivo del cuerpo expedicionario, organizando al efecto una brigada de 4.000 hombres que al mando del general Lorencez se embarcaría inmediatamente para México. Los ingleses, al tener noticia de esto, experimentaron cierta inquietud y pensaron



que Francia descubriría resueltamente sus propósitos. A las objeciones que le opuso lord Russell, nuestro representante, el Sr. de Flahaut, respondió invocando el ejemplo del gabinete de Madrid y manifestándole que importaba que las fuerzas francesas no fuesen inferiores á las españolas y que, en el caso de que se hiciera necesaria una marcha por el interior, Francia no quería que el pequeño número de los combatientes fuera causa de una derrota. Estas explicaciones no satisficieron al jefe del *Foreign Office*, el cual replicó con acritud: «Siento vivamente tal determinación, y por lo que á nosotros toca, no aumentaremos nuestro efectivo.» Así hablaron los ingleses (1), y los españoles les imitaron, disgustados al ver que se les escapaba el primer papel.

A este primer disentiendo no tardó en seguir otro. Los oficiales franceses que iban á partir no se recataban de publicar el objetivo de la empresa, que era, según decían, fundar un imperio; y hasta llegaban á citar el nombre del futuro emperador, que sería el archiduque Maximiliano. En vista de que este rumor circulaba con gran insistencia por París, lord Cowley interrogó al señor Thouvenel, quien negó que Francia hubiera entablado negociación directa alguna en este sentido. «Ha habido conferencias, añadió, pero provocadas por los mexicanos que, obrando por su cuenta y riesgo, han venido á Europa y se han ido á Viena.» Los ingleses, ávidos de noticias que les sacaran de la incertidumbre, dirigiéronse á Austria, cuyo canciller, el Sr. de Rechberg, les dijo que los instigadores del proyecto eran emigrados mexicanos residentes en París. «El gobierno de Su Majestad, añadió, no se prestará ciertamente á ese plan, á menos que se demuestre que Su Alteza es llamado por el voto unánime de las poblaciones.» Para que la información fuese completa, faltaba interrogar al jefe del gabinete de Madrid, y lord Russell pudo conocer sin ninguna dificultad la disposición en que se hallaba España, que ya no sentía ningún entusiasmo por una empresa que redundaría en beneficio de un protegido de Napoleón. El general O'Donnell habló como hubieran podido hacerlo los mismos ingleses, desaprobando la instauración en México de una monarquía que sin la garantía de Europa no duraría un año y aun garantizada por ésta no daría mejor resultado, porque sería un semillero de luchas perpetuas no sólo intestinas, sino también con todas las repúblicas americanas y particularmente con los Estados Unidos. «Ignoro, añadió sonriendo O'Donnell, las aspiraciones del personaje ilustre cuyo nombre se pronuncia, pero sólo puedo decir una cosa: yo no soy archiduque, ni príncipe, sino simple general español; pues bien, si me ofrecían la corona de México, no vacilaría un instante en rechazarla.» Lord Russell, seguro de la adhesión de España, regresó á Francia y se creyó autorizado para recordar al gabinete de las Tullerías el principio de la no intervención, base del convenio de Londres. «Nada temáis, respondió con cierta viveza el Sr. Thouvenel, que no intentaremos imponer un gobierno á México.» Aun al través de este lenguaje era fácil adivinar una segunda intención, cual era provocar entre los mexicanos una manifestación en favor de la monarquía. Y de este modo el tratado de 31

(1) Véase *Correspondence respecting the affairs of Mexico*, páginas 145-147.

de octubre, aunque respetado en su texto literal, era objeto de interpretaciones cada vez más diferentes (2).

En el entretanto, llegaron las primeras noticias del cuerpo expedicionario. El manifiesto de los comisionados aliados fué objeto de censuras en Londres y en París, pero por distintos motivos: en París lo encontraron demasiado tímido; en Londres demasiado acentuado. Muy pronto se supo que el Sr. Dubois de Saligny tomaba bajo su amparo el crédito Jecker, hasta el punto de asimilarlo á las reclamaciones francesas; y este malhadado negocio, que ya en Veracruz había estado á punto de crear un conflicto, fué causa en Europa de un disentiendo análogo. Lord Russell consideró sumamente elevado el total de nuestras peticiones, y luego, ocupándose del crédito Jecker, escribía á lord Cowley: «No concibo que el gobierno francés pueda aprobar esta parte del ultimátum.» El Sr. Thouvenel defendió muy débilmente á su agente, y sobre todo guardóse muy bien de hacerse solidario de la conducta del mismo: los expedientes habían sido examinados en las oficinas de la legación francesa en México, habiendo permanecido ajenos á este trabajo los centros ministeriales; la cifra de la indemnización parecía, en efecto, muy considerable, pero podría examinarse el asunto, nombrarse una comisión que lo estudiara sobre el terreno y clasificarse las reclamaciones; y en cuanto al crédito Jecker, el señor Thouvenel trató de él en varias ocasiones con visible embarazo, como si no se atreviese á defenderlo ni abandonarlo, manifestando que muchos franceses habían adquirido bonos y que era preciso que no se viesen defraudados, y tratando de establecer una distinción entre los intereses legítimos que merecían nuestra protección y los intereses extranjeros, que nosotros no habíamos de defender. Lord Russell, sin embargo, no se dejó convencer y ordenó á sir Carlos Wyke que si el Sr. de Saligny persistía en presentar esa petición, se abstuviera de apoyarla: «El contrato Jecker, decía con cierta ironía al Sr. Flahaut, no es de aquellos cuyo cumplimiento pueda exigirse por vía de ultimátum.» En París y en Londres, entretanto, ya no se disimulaba la oposición de miras: el Sr. Thouvenel se ingeniaba para publicar todos los indicios que probaran la existencia de un partido monárquico en México; lord Russell se dedicaba con igual solicitud á declinar toda participación en semejante obra. Los agentes franceses no cesaban de hablar de la regeneración de México; en cambio el comodoro Dunlop, que había tenido la desgracia de usar esta palabra en uno de sus despachos, fué inmediatamente reprendido por su gobierno. El día 13 de marzo, el Sr. Billault calculaba en el Cuerpo legislativo que nuestras tropas debían haber salido de Veracruz el 20 de febrero y añadía: «Hoy debemos estar en México.» ¡Cuán distinto era el lenguaje que en aquel mismo tiempo empleaban lord Russell y los comisionados del almirantazgo inglés! Por nada del mundo, decían, se aventurarían los marinos en el interior, y si la fiebre amarilla causaba demasiados estragos, mejor sería reembarcarse para las Bermudas.

Así estaban las cosas cuando se tuvo noticia del convenio de la Soledad. En las tres cortes la sorpresa fué

(2) *Correspondence respecting the affairs of Mexico*, pág. 148, y 2.ª parte, págs. 3, 4 y 9.

la misma, en el primer momento, tan extraordinario parecía á primera vista el tratado (1); pero cuando se hubo calmado el asombro, leyóse de nuevo el documento y se meditaron sus cláusulas, planteándose entonces el problema de si había que anularlo ó, por el contrario, otorgarle la sanción. Sobre esto estalló la di-

de abril, la desautorización apareció inserta en el *Monitor*. Es más, el vicealmirante Jurien de la Graviere cayó en desgracia y recibió orden de hacerse otra vez cargo simplemente del mando de la división naval, concentrándose todos los poderes públicos en manos del Sr. de Saligny, designación que por sí sola habría bas-



Benito Juárez

vergencia de un modo demasiado claro y demasiado público para que no quedaran destruidas hasta las últimas apariencias del acuerdo. Lord Russell ratificó la conducta de sir Carlos Wyke no con mucho entusiasmo ciertamente (porque discernía las objeciones y desde el primer momento las formuló), pero sí con el convencimiento de que de todos los arreglos posibles aquel era el menos peligroso y el menos perjudicial (2).

Muy distinto fué el proceder del gobierno francés, el cual no sólo rechazó el convenio, sino que además tuvo empeño en hacer pública su desaprobación, y el 2

(1) Véanse *Documents diplomatiques*, 1862, págs. 173-174.  
(2) *Correspondence relating to affairs of Mexico*, tomo II, página 81.

tado para indicar la orientación, en lo sucesivo invariable, de la política francesa.

¿Qué haría España? En Madrid, la primera intención fué censurar el convenio. «En el lugar de Prim, decía el general O'Donnell, yo no lo habría firmado (3).» En este sentido se enviaron al jefe español instrucciones bastante enérgicas diciéndole que debía precipitar las negociaciones y obrar con presteza si el resultado no era satisfactorio. Pero en los días siguientes, estas energías comenzaron á menguar y el gabinete español propuso que los plenipotenciarios de las tres cortes celebraran nuevas conferencias en las cuales se resolverían

(3) *Documents diplomatiques*, 1862, pág. 178.



anticipadamente las cuestiones que pudieran surgir de las negociaciones iniciadas en Orizaba. «¿Para qué nuevas conferencias?, replicó el Sr. Thouvenel. Antes de que lleguen á México nuestros correos, las negociaciones habrán sido interrumpidas ó habrá resultado de ellas un tratado; en el primer caso, nuestra sola probabilidad de éxito será recurrir á las armas; en el segundo, habremos de esperar, para apreciar el tratado, á recibir el texto del mismo (1).» Desde entonces, España se enfrió por completo y la señal más clara de su evolución fué el celo con que adujo por su cuenta los argumentos familiares á los ingleses, á saber: que todo el mal procedía de los emigrados mexicanos establecidos en París, quienes con sus exageraciones habían engañado á Europa; que la prensa francesa, al publicar aquellos cuadros fantásticos, daba consistencia á las ilusiones más lamentables; y que era desagradable que se hubiese promovido la cuestión de la monarquía y más desagradable aún que se hubiese designado al archiduque (2). A pesar de estos síntomas dudábase todavía de que la ambición de los ministros de la reina Isabel hubiese descendido hasta el nivel de las de la positiva Inglaterra. El 9 de abril el gobierno español terminó su conversión: en dicho día, con gran asombro del embajador de Francia y aun de los mismos españoles, el Sr. Calderón Collantes, por medio de una declaración en la Cámara de diputados, aprobó en términos muy reservados, pero muy precisos, la conducta del general Prim y el tratado de la Soledad.

Esto significaba el fin de la acción común; y al mismo tiempo rompíase violentamente en México el tratado de 31 de octubre que ya se había hecho caduco en Europa.

Por más que habían puesto sus firmas al pie de un documento idéntico, los comisionados aliados seguían caminos cada vez más contrarios: sir Carlos Wyke se inclinaba de día en día más hacia el partido liberal, sobre todo hacia Doblado, que era en su concepto el hombre más capaz de restablecer el orden en México y de asegurar para el porvenir el reembolso de los créditos europeos; Prim procuraba restringir el programa de la empresa, á medida que Francia trataba de ampliarlo, y los ingleses se ingeniaban para mantenerle en tales disposiciones, encontrando cómplices entre ciertos mexicanos que se esforzaban por engañar al general, por halagar su vanidad con toda suerte de lisonjas, por seducirlo con la perspectiva del probable desempeño de un papel personal; y en cuanto al almirante Jurien de la Graviere, que había firmado muy á disgusto el convenio de la Soledad y que comprendía que había ido mucho más allá de lo que sus instrucciones indicaban, preveía una desautorización y tal vez una desgracia, y su único consuelo (y era grande) era haber preservado á su pequeño cuerpo de ejército contra los próximos ataques de la fiebre amarilla. En el entretanto, sus miradas se dirigían hacia el interior con un resto de esperanza, pues no podía persuadirse de que estuviera destituido de fundamento todo cuanto habían dicho los emigrados mexicanos y escrito la legación de Francia, y con su tacto y su rectitud mantenía más ó menos bien

(1) *Documents diplomatiques*, 1862, pág. 183.

(2) Véanse *Documentos comunicados á las Cortes relativos á los asuntos de México*, 1861-1862.

los frágiles vínculos de la alianza, sirviendo de lazo de unión entre sus colegas y el Sr. de Saligny que representaba la política intransigente y no se tomaba la molestia de ocultarlo. En esto, se separaron los comisionados, partiendo el almirante Jurien para Tehuacán é instalándose á los pocos días en Orizaba primero sir Carlos Wyke y después Prim. El comodoro Dunlop y el Sr. de Saligny fueron los únicos que se quedaron en Veracruz; este alejamiento podía ser un bien, pues disminuyendo las ocasiones de contacto disminuirían también las causas de desavenencia. La buena armonía pendía sólo de un hilo que el más ligero incidente podría romper; y este incidente no tardó en presentarse.

El 5 de marzo de 1862 llegó á Veracruz el *Forfait*, que conducía al general de Lorencez y al que seguían de cerca los demás buques con el resto de la brigada. Este aumento de nuestros efectivos no había de agrandar ni á los ingleses, siempre hostiles á todo apresto bélico, ni á los españoles, que del primer lugar pasaban al segundo; pero lo que sólo era al principio desconfianza y celos convirtiéndose en viva irritación cuando se supo qué clase de personaje iba el general de Lorencez á acoger bajo su bandera.

Este personaje se llamaba Almonte y se le suponía bastardo del cura Morelos, uno de los héroes de la independencia, quien en los días de combate y para ponerlo en sitio seguro lo enviaba *al monte*; de aquí el nombre que se dió al niño y que luego conservó. Así lo decía la leyenda. Almonte había crecido entre las discordias de su patria, pero sin llegar nunca al primer lugar, ya porque su moderación natural apartara de él á los hombres de los partidos extremos, ya porque sus facultades, más bien distinguidas que superiores, no fuesen bastantes para ocupar el puesto supremo. Aunque jamás había sido presidente, había desempeñado cargos importantes, pues no sólo era general, sino que había estado al frente del ministerio de la Guerra y representado á su país en los Estados Unidos y en Francia. Siempre había conservado una actitud vacilante entre las facciones contrarias, sea por prudencia, sea por indecisión, y nada hacía prever que pudiera ser el campeón de la monarquía; en 1859, sin embargo, habíase afiliado, mediante una evolución muy clara, al partido conservador y en tiempo de Miramón había sido nombrado ministro de México en París y en Madrid. En la capital de Francia conquistó un puesto aparte en la colonia extranjera, siendo por muchos conceptos merecida la consideración de que fué objeto. Era, en efecto, muy honrado y en su pasado no había ni uno de los excesos sanguinarios en que habían tomado parte en México los hombres de todos los partidos, y además imponía confianza con su lenguaje grave que contrastaba con los ordinarios ardores de sus compatriotas. El emperador Napoleón cobró afecto á aquel extranjero y con ello acabó de ponerlo en evidencia; y los emigrados mexicanos establecidos en Europa y que desde hacía mucho tiempo trabajaban por implantar en su patria la monarquía, creyeron que no podrían encontrar mejor jefe que él y sin preocuparse de lo reciente de su conversión pusieron á su lado. Almonte encomió al emperador los extraordinarios recursos y la gran influencia del partido conservador; y si bien con ello le engañó, todos los que le conocieron afirman que lo hizo de bue-

na fe y que él mismo acarició las ilusiones que propagó en torno suyo. Napoleón, influido por aquellos consejos que tan bien respondían á sus propios pensamientos, instó á Almonte para que regresase á su país y precipitase allí aquel movimiento que, según se decía, había de ser irresistible, y el Sr. Thouvenel, por su parte, abundó en la misma opinión, según confesó más adelante á lord Cowley (1). De aquí que Almonte llegara á Veracruz al mismo tiempo que Lorencez, aunque embarcado en distinto buque. Su elevado rango no permitía que pasase inadvertida su llegada; y el favor de que gozaba en las Tullerías autorizaba la creencia de que llevaba á México los últimos pensamientos del emperador. Con él habían desembarcado muchos mexicanos notables que formaban su séquito. Ya no cabía duda: Napoleón, al enviar á Almonte á su patria, acababa de quitarse la careta; decididamente se proponía fundar en México un gobierno nuevo y Almonte se presentaba como precursor del nuevo imperio.

Grande fué la emoción de nuestros aliados. En Veracruz el comodoro Dunlop interrogó al Sr. de Saligny, el cual se negó á dar explicaciones escudándose en la voluntad del emperador, su soberano; y en Orizaba formuló á su vez sus quejas sir Carlos Wyke. Pero el más animado fué Prim, cuya irritación hubiera podido sorprender á primera vista ya que, habiendo protestado hacía poco contra el extrañamiento de Miramón, no podía un mes después exigir la expulsión de Almonte; pero el general no entendía esta lógica. Hallábase todavía en Veracruz cuando llegó allí Almonte, y habiendo ido éste á visitarle, le expuso los peligros de su tentativa, haciéndole ver que si se aventuraba solo por aquel país sería tratado como enemigo, y si penetraba en él mezclado entre las filas francesas, este acto acabaría con la triple alianza (2). Después de haberse expresado en estos términos, partió para Orizaba, en donde recibió una protesta de Doblado denunciando el desembarco de los emigrados y declarándolos rebeldes, y sin pérdida de momento trasladó el despacho al almirante Jurien y sacó de las disposiciones del gobierno de Juárez un nuevo argumento para alejar á Almonte. El 17 de marzo, en una carta dirigida al propio Napoleón III, el comandante en jefe de las fuerzas españolas trataba de demostrar por todos los medios posibles las dificultades que entrañaba toda instauración monárquica: «Fácil será á Vuestra Majestad, añadía con notable perspicacia, llevar al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo; pero el rey no encontrará en el país otro apoyo que el de los jefes conservadores que, cuando estaban en el poder, no pensaban en fundar la monarquía y que ahora, cuando están vencidos, dispersos y proscritos, piensan en ello (3).» En el entretanto, supose que Juárez había adoptado diversas medidas rigurosas contra los residentes extranjeros y en particular contra los españoles; Prim, profundamente molestado por estas vejaciones, se echó para atrás y sus cartas al almirante Jurien parecen demostrar su cambio de opinión, pero muy pronto calmóse su despecho y una sola preocupación predominó

(1) *Correspondence relating to affairs of Mexico*, tomo II, página 107.

(2) Véase el acta de la conferencia de 9 de abril de 1862 celebrada por los comisionados aliados.

(3) Véase *Executive documents*, Washington, 1863, pág. 97.

cada vez más en sus palabras y en sus actos, la de separarse de Francia y aproximarse á Inglaterra.

Lo que acababa de completar la confusión era que los franceses, que no se entendían con sus aliados, difícilmente lograban entenderse entre sí. Lorencez había salido recientemente de Cherburgo y aun sonaban en sus oídos las palabras optimistas que en torno suyo se pronunciaban. Cuando, cerca ya de Veracruz, habían visto los expedicionarios desde el puente del *Forfait* que sobre la ciudad flotaba al lado de la bandera francesa la mexicana, los oficiales que rodeaban al general se figuraron que el objeto de la expedición se había ya logrado y con el desencanto natural de los militares que



El presbítero D. José M.<sup>a</sup> Morelos

llegan demasiado tarde, pensaron que todo había concluído (4); pero, una vez en tierra, habían tenido que rectificar su juicio, pues aquella bandera, lejos de ser señal de victoria, era la de Juárez, con quien se había poco antes concertado un acuerdo. Nuestras tropas no estaban en México, como decía con complacencia el Sr. Billault, sino en las primeras mesetas de las tierras templadas, y aun estaban allí á título precario y merced á un consentimiento que podría ser revocado. Fácil es comprender la decepción de Lorencez, que se veía comprometido en la aventura más inextricable y que de un momento á otro podía convertirse en la más peligrosa. No había sido menor el desencanto de Almonte, quien, lamentando su viaje desdichado, pensó de momento en reembarcarse anticipándose á los deseos de los ingleses, de los españoles y de los juaristas. En tales circunstancias, el Sr. de Saligny, que había permanecido en Veracruz mientras el almirante Jurien se instalaba en Tehuacán, había reavivado las ilusiones, que estaban ya á punto de extinguirse, repitiendo á los recién llegados lo que afirmaba en sus despachos, lo que á fuerza de repetirlo había acabado por creer él mismo, á saber: que existía en el país un gran partido monárquico; que con un poco de paciencia se vería cómo este

(4) Véase príncipe Bibesco, *Combat et retraite des six mille*, página 37.